

Inciarte y el machismo galante

El machismo de Ortega y Gasset

Como “galantería sexista” o “machista” ha bautizado Esteban Inciarte el modo en el que presenta Ortega y Gasset sus “teorías” sobre el ser de la mujer. Es decir arropado en un lenguaje por demás cortés, reverencial y “filosofante”, el discurso de Ortega —y de tantos otros y otras, filósofos y no— pretende aclarar a tantas “mentes ciegas”, que existen espacios definidos para el ser y actuar de hombres y mujeres, espacios que no se entrecruzan ni deben cruzarse jamás.

Para Inciarte la galantería machista de Ortega se convierte en un tema digno de un libro, porque, dice, le preocupa este discurso que la mayoría de las personas, incluso feministas según él, no reconocen como sexista y sí aceptan por lo que de halagador tiene.

Así *El machismo galante* puede verse como un compendio de la serie de argumentos utilizados —to-

avía hoy— para descalificar el derecho de las mujeres a la igualdad de oportunidades y condiciones. O más sutilmente, ya no descalificar, pero sí mantener las oposiciones que nos impiden pensar un mundo diferente; inclusive para la teorización feminista: conceptos como “cultura femenina, escritura femenina, feminidad, se han convertido en una limitación, en cierto modo un obstáculo para el pensamiento feminista”, como señala Teresa de Lauretis.¹

Y aunque no recurre en ningún momento a la teoría feminista, Inciarte llega a conclusiones muy cercanas a las alcanzadas por ésta. Frente al constante recurrir de Ortega a las explicaciones del tipo “la vida es así”, con las que remata sus afirmaciones sobre las “esencias” opuestas de mujeres y hombres, Inciarte recurre a lo que él llama el “buen sentido” y se acerca al concepto básico de género: “Concedamos —dice— que determinadas peculiaridades de índole intelectual, afectiva y temperamental resulten más recurrentes [...] en un sexo que en otro; no obstante y si quiera como hipótesis de trabajo pudiera interpretarse que ello de-

¹ Teresa de Lauretis, *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, Indiana University Press, Bloomington-Indianapolis, 1987, p. 1.

pende y deriva de ciertos condicionamientos sociales, de ciertas presiones culturales y educativas, en una palabra, del medio ambiente" (p. 36). Esta es, entonces, la hipótesis que le permite a Inciarte disecionar lo que llama la "feminología" de Ortega y Gasset. No menos importante, es el hecho de que seguramente se podría caracterizar a Ortega por su célebre afirmación "El hombre es él y su circunstancia", premisa que pensaríamos presente en toda su obra, y descubrimos en *El machismo galante* que, por lo menos cuando habla de las mujeres, más bien de La Mujer, hace convenientemente a un lado.

La esencia femenina

Según Ortega y Gasset, Judit y Salomé —personajes bíblicos— son ejemplos claros de cómo la "esencia femenina" puede desviarse, "convertirse en su contrario", en una especie de animal que parece planta, en un "equivoco". El factor que las asemeja, para Ortega, es el hecho de que ambas obtuvieron las cabezas de dos hombres (por ahí dice Freud que decapitar es igual a castrar, tal vez de ahí el horror que siente Ortega ante los actos de estas dos mujeres), sin embargo, las circunstancias y los motivos de cada una son tan diversos que no deja de sorprender que un filósofo

tan meticuloso las haya pasado por alto. Mientras Salomé pidió la cabeza de Juan Bautista a nombre de su madre, Judit cortó la cabeza de Holofernes para salvar a su pueblo. Ella misma utilizó el cuchillo, a Salomé le entregaron la cabeza en una bandeja. Queda visto que a Ortega lo que le desagradaba era el hecho de que estas dos mujeres hubieran realizado actos de poder, hubieran decidido la muerte de dos hombres. Y si los actos de dos personajes míticos le provocaban juicios tan severos, "el mamotreto" de Simone de Beauvoir (*El segundo sexo*), lo lleva a finalmente revelar "el supuesto básico de todas sus apreciaciones anteriores".

El sexo débil

Ortega descalifica (en "Breve excursión hacia ella", *El hombre y la gente*, 1949-50) el trabajo de Simone de Beauvoir alegando que "las cuantiosas" páginas dedicadas a la "biología de los sexos" son "superfluas" y "poco fecundas" puesto que la mujer no es lo que es, es decir mujer definida siempre en relación al hombre, porque así lo quiera la naturaleza, sino porque así lo han querido tanto hombres como mujeres. Si, por otro lado, el destino de la mujer consiste, para Ortega, en "exigir la perfección del hombre", en "ser el concreto ideal del varón",

no tiene por qué ser un obstáculo para cumplir con su “encantadora misión” el que se la defina a partir del hombre.

Inciarte agradece a Ortega su franqueza final, es decir, haber aceptado que en el fondo de su caracterización de los sexos, se encontraba la creencia de que la mujer es inferior al hombre, aunque la comprensión de esta “verdad” no lo haga olvidar la galantería: “esta inferioridad [de la mujer] es fuente y origen del valor peculiar que la mujer posee referida al hombre” (p. 188).

Seguramente no se puede pedir a Ortega el tipo de reflexiones o premisas que manejamos hoy, hay que situar su pensamiento en su circunstancia. De acuerdo. Pero vale la pena recordar que pensadores y pensadoras, que escribieron incluso muchos años antes que él, ya habían tratado el tema de las desigualdades entre mujeres y hombres desde puntos de vista más informados, pero sobre todo más audaces. Y con audaces me refiero a que elaboraron esquemas, teorías y propuestas que subvertían las visiones existentes y predominantes. Podríamos aquí recordar a Engels,

a John Stuart Mill, y citar a Wollstonecraft, a propósito de la galantería.

Mary Wollstonecraft publicó en 1792 *Una reivindicación de los derechos de la mujer*. Wollstonecraft describe en su libro el estado de ignorancia y servilismo al que las costumbres sociales y la educación habían condenado las mujeres; dice, por ejemplo:

¿Por qué las mujeres, escribo con preocupación cariñosa, aceptan recibir una atención y un respeto de parte de extraños, diferente a aquella urbanidad que los dictados de la humanidad y las buenas maneras de la civilización autorizan entre hombre y hombre? Y cómo es que no descubren ... que se las trata como reinas porque se las está engañando con un respeto hueco, falso, hasta que se las conduce a renunciar, o no asumir, sus prerrogativas naturales? Confinadas entonces en jaulas como la raza emplumada, no tienen otra cosa que hacer sino colocarse plumas.²

Es interesante lo que dice Mary Wollstonecraft, porque lo que ella ya había percibido y denunciado en el siglo XVIII, es la posición sostenida por Ortega durante la primera mitad del siglo XX, lo que Inciarte le reclama en 1994. Y es interesante conocer la serie de

² *Feminism: The Essential Historical Writings*, Vintage, Nueva York, 1972, pp. 14-15.

contradicciones que se presentan en el pensamiento del filósofo español, lo que nos recuerda que el pensamiento analítico está inserto en la subjetividad, con todo y sus temores y deseos no confesados. A lo mejor, sí, así es la vida, pero vale la pena hacer conciencia de ello: “¿No es, acaso, lo menos

que podemos hacer en servicio de algo, comprenderlo?”, como dijera Ortega y Gasset.

Cecilia Olivares

Esteban Inciarte, *El machismo galante*, Plaza y Valdés, México, 1994.

